

COIMBRA... PIEDRA Y PAISAJE

(Poemas)

Guillermo de la Cruz-Coronado
Universidade do Paraná

En 1951 el "Curso Internacional de Férias" de la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra editó por primera vez estos poemas compuestos en el curso del año anterior. Esa primera edición, de la que se hizo una tirada especial de lujo con ejemplares numerados y rubricados por el autor, se ha agotado hace tiempo. Al reeditarlos ahora en "Letras" deseo satisfacer a tantos enamorados de la célebre ciudad universitaria que me los han pedido. A ellos se los entrego. Pero quiero al mismo tiempo que esta nueva impresión en la capital paranaense y en la revista oficial de su Facultad de Filosofía sea el testimonio de mi afecto al mundo luso-brasileño simbolizado en sus dos ciudades universitarias, de aquende y de allende a las que como poeta y como estudioso de la poesía me siento tan estrechamente vinculado.

La más notable diferencia con la edición anterior consiste en haber prescindido de la división en partes, y haber, por tanto, dado los poemas en numeración corrida, más apropiada al espíritu de una revista. Esta numeración sigue el orden de la primera edición atendiendo al contenido y no a la cronología de los poemas. He eliminado las dedicatorias y demás ornamentos.

I

ORACIÓN ENTRANDO EN LA CIUDAD

No abrases esta tierra, Señor;
mata tu ira en mí.

Déjala intacta, tierra casi sin pecado,
casi como cuando tú la creaste,
puramente dulce,
puramente verde, blanca, rosa,
puramente palabra tuya fuera...

todavía íntegra,
todavía tierna,
todavía enamorada de la altura,
contenta de su pequeñez de creatura . . .

He llegado donde mi corazón presentía
una hartura de seres primigenios . . .

mi corazón tiene un aturdimiento de verdad nativa
como cuando el primer paisaje del mundo
fué luz exacta y abierta
para los ojos blandos de Adán.

Este paisaje reblandece mis ojos,
gotea sobre mi corazón,
y casi me siento como con la primera carne,
la que tú sacaste del manantial de los lirios,
de la voz humana del pájaro
y de la palabra divina del hombre . . .

la palabra humana
antes que el pecado la obligasse a salvarse
en el barullo de lo que no te quiso
y luego te buscaba angustiosamente
ordenando su fealdad . . .

Aquí todo tiene el desorden
de lo que es bello por todas partes
y no cuida de ser imagen
de ave, de flor, de monte,
de arquitectura humana o de metal nítido . . .

todo seguro de ser bellamente algo,
bellamente valle, árbol, río,
piedra cristalizada en hueso de humanidad . . .

Ay, Señor, no abras esta tierra,
o . . . ciega a mi vida este momento
y engaña piadosamente mi mañana.

II

CANTO INICIAL A TODA LA PIEDRA

Canto a la piedra...
la piedra sin ojos que llora
una lágrima polígeométrica
seculamente más grande...
que nunca en la mejilla rueda;
la piedra que sabe llorar
y nunca se deshace en pena.

Canto a la piedra,
cuerpo horizontal, dormida,
muerta en el muro, quieta,
sin forma anímica,
pura piedra.

Canto a la piedra vertical,
despierta,
que esboza en rostros medievales
su sonrisa eginética...
y toma aire
y aletea
en un vuelo de paños, imposible
porque el tiempo le pesa.

Canto a la piedra religiosa,
tensa,
que en la columna se alarga
y en el arco se arranca de la tierra.

Canto a la piedra que conoce el mar,
marinera,
maroma de navío,
mástil de carabela
en la portada manuelina
con nostalgia de mareas,
de aguas bravas, de aves altas,

de recio sabor de sal y pesca;
piedra navegante con cara a otro mundo
para el éxtasis y para la empresa.

Canto a la piedra sin dimensión precisa,
piedra que piensa
que contiene todos los volúmenes,
que ya casi no es piedra.

Canto a la piedra sepulta
que alimenta otras primaveras,
lentamente consumida en la entraña
chupada por la erguida piedra nueva.

Rostro de la ciudad,
hueso de la tierra,
cuerpo y configuración de espíritu...
piedra de Coimbra,
piedra...

Coimbra, 18-VII-1950.

III

PIEDRA UNIVERSITARIA

El hierro se hizo nervio,
fué idea la espada,
voz que rebotó en muchas piedras
creándoles la figura y el alma.

El tiempo se encarnaba diferente
en una pedrería extraña
desde el alcázar primero
sobre la loma calva...

contenida y difusa,
redonda y esquinada,

humanizada y bruta,
sepulta y alta . . .

con calor de carne amanecida,
con dolor de tiempo y lágrimas,
lamida a besos de tantos vientos
con labios que bruñen y descarnan.

Universal,
piedra universitaria,
mito encarnado en cerebro dulce,
Palas,
pensamiento erigido,
palo de lanza . . .

Torre, verga mayor,
caudal de palabras
endurecido en el aire
hacia la fuente de las aguas . . .

la ciudad desde todos los ángulos
tiene su sentido para mirarla,
se sumerge en ella,
reclama su sangre y su cara.

Piedra de todo el hombre,
claustro de su sustancia,
concreción de su andadura,
de su vecindad en la noche,
de su lejanía en el alba . . .

Piedra de todo el ser,
vegetal y heráldica,
de las plumas del ave,
de la partitura increada . . .

Medieval, manuelina,
barroca, pombaliana . . .

y algo también sin piedra:
ática.

Universal,
universitaria,
oración del cerebro,
pensamiento del ansia . . .

materia para todas las formas . . .
palabra, palabra, palabra.

Coimbra, 31-VII-1950.

IV

SÉ VELHA

Piedra noble, apagada,
sin voz para el aire, toda idea,
toda vibración antigua,
toda firmeza.

Piedra maciza,
cuadrada en la raíz donde la fe comienza,
arqueada en redondo, arco perfecto,
brazos para la unidad perfecta.

Fuera . . . cuánto desprecio al día,
cuánta aristada ausencia,
cuánto deseo de nubes
pululándose en almenas . . .

atemporal, decididamente clavada
frente al agua y al sol que ruedan . . .

cuajada en tiempo sin alas,
volumen sin quiebra.

Dentro . . . cuánto parpadeo invisible
en las galerías secretas,

cuánto ojo profundo
de la arquería ciega
toma la luz todavía más de dentro,
de ráfagas que germinan en madera
acariciada de oro y polvo bienoliente . . .

madera ascensional
aliento de la vecina, blanca, ennegrecida,
equilibrada, transfigurada piedra.

Aquí estuvo Rodrigo con coraza de acero,
con el pulso reventándole las venas,
con sus ojos para la llanura
y su corazón con un relincho
para el beso y la espuela . . .

El buen Cid castellano vino un día
caballero sobre Babieca,
dijo unas palabras devotas,
besó una cruz de espada y salió fuera . . .

toda la eternidad de la roca labrada
se hizo brillo en la punta de su espada nueva.

“Sé Velha” . . .
mirando para Castilla
se te encendieron las piedras
en los ojos del caballero
entre el polvo de la llanura sangrienta . . .

quedaste definitiva, estática
como una llama alerta
toda comunión universal
y olor de fuego por dentro,
toda perfil de arista por defuera.

Ella misma se cerró de ojos,
entregó a la pura fe y esperanza sus piedras.

V

CLAUSTRO DO SILENCIO

Silenciosamente labrado
en el claustro interior de un "mestre" poeta
que gustaba de transformaciones súbitas
y de macizo son de piedra...

Milagro reciente
de arquitectura nueva
que sacaba árboles y jarcias arboladas
golpeando la roca muerta.

Era una masa obscura,
desperdigada,
antes de la voz milagrera;
tenía los huesos aplastados
en la angustia de la tierra.

Una voz de ángel vino...
y el aire trajo una riada
soplada por el cauce del poeta...

El hilo de palabras,
dúctil como una hebra,
crecía como un vástago,
se retorcía como una mimbre tierna,
llameaba en arcadas,
olía en flor de piedra.

Luego... seguía siendo
voz arrancada al silencio de la tierra,
sombra que salía de la palabra...
materia.

No tenía corazón y se lo daba al hombre,
corazón sin carne y sin madera,
corazón de sangre que fluía
no sé de qué recónditas venas...

Fué cada vez más forma,
cada vez más la voz del ángel primera,
cada vez más hombre, más tiempo,
muchas esencias en su esencia.

En su ascensión de ser
— piedra, alma, figura angélica —
se le arrugó la piel,
desfalleció la madera . . .

Un ala que voló cuatro siglos,
de ida y de vuelta,
lo consumió con besos de plumas . . .

Volaron los pétalos de las arandelas,
y polen y perfume
fueron polvo y olor de cera.

Pero algo estremecidamente igual
— ser de tiempo, tránsito y permanencia — . . .

algo indefinidamente todo
— ángel, hombre, materia — . . .

algo sigue siendo siempre . . .

silencio,
palabra de la piedra.

Coimbra, 26-VII-1950.

VI

PAISAJE TOTAL

(Desde la torre de la Universidad)

Pequeña luz asomada a los valles
que la pereza del día intimida; . . .

valles más allá del “Penedo”,
lecho de la llama difusa
que desganadamente baja
perfilando las colinas como una margen que se enciende,
despertando el color de los pinos lejanos,
de los árboles que todavía no tienen nombre.

Bruma... sola una nube
con un rasgón indeciso en Oriente
mordido por la alegría inicial de los montes...

paisaje de nubes que fatiga los párpados,
repliega avaramente sus límites
contra la amorosa distensión de los ojos.

El día está aquí mismo
sobre la lámpara de la torre;
de mí se difunde una mortecina claridad
que me coloca en el centro de la luz.

Llega a media mañana
el sol, primeros labios, donde el agua duerme,
a los tejados más altos,
al verde ribereño lleno de deseos del día,
a la chopera animada de franjas instantáneas.

El río arrastra un sueño sosegado
impasible a las caricias del fuego;
una diminuta arteria a flor,
casi no circula, sangre recién muerta...

pero la arena se mueve
siguiéndose a sí misma penosamente,
curvadamente como un arco relajado
sin flecha y sin dos brazos gigantes.

Ahora el sol pinta de verdad el paisaje,
blanco, verde, tierra, colorado...

abajo está la piedra
— yo soy una piedra móvil en lo más alto,
cabeza de toda la piedra —
hermanada, aglomerada;
se mira a sí misma, se habla,
concentra la vida que se le entrega,

sube alegre las colinas,
se alarga a las ondonadas,
brotá en todas las laderas
medida de los pliegues innumeros,
pródiga de su mate regocijado . . .

casas hileradas, bosques creados por el hombre,
bosques rojo y blanco
donde su corazón florece
en miembros blancos y asombros infantiles.

Geología replegada en colinas redondas,
verde claro y grisáceo,
pliegues que se montan y suceden ilimitadamente,
relieve manso en el valle grande
descansando la cabeza del río . . .

piel geológica a que aflora
en paisaje total, vario, idéntico
— árboles, árboles, árboles —
el pulso latente de la ciudad que no muere.

Coimbra, 27-VII-1950.

VII

PENEDO DA SAUDADE

La tierra es una tristeza recogida
donde la dimensión se pierde
por unos cauce grises;
más allá de los límites del ojo

unas sombras que caen desde el cielo
casi no llegan a la tierra,
casi le dan un beso levísimo...
y los cabezos, testas humanas,
se multiplican
como un cabello que se alarga
y se ondula infinitamente.

El valle tiene una luz incierta;
sólo los olivos cercanos,
las pitas y unas cuantas cosas
lo son de verdad para mis ojos.

Pero yo no los miro, los siento
en la oleada y el rumor de la savia y la sangre
cuyo golpe hinche y aproxima los vasos y las venas...

No los miro con las pupilas dilatadas
hacia líneas lejanas,
nubes envueltas en piel de otras nubes,
pie que huye del calor de la mañana en la tierra,
piel incolora desgarrada por el sol tardío.

Pero a vecesatravés de su ojo grande
que clava su luz sobre los árboles,
sobre la plata obscura de los olivos,
sobre las plantas amarillas, violeta, rosa claro
del camino que zigzaguea y se contradice
(arteria del "Penedo")
que le alimenta de sangre humana,
de voces humanas...)
a través de su llama contra las nubes,
a veces el valle es súbitamente diáfano,
o el último repliegue pierde lejanía,
o la sangre apagada de los tejados grita,
o las pitas acero vibran su manojo de espadas.

Sólo unos rectángulos en el fondo,
unos manchones de brocha gorda en los declives,

apegados a la tierra,
mantienen el secreto de su esmeralda continuo...

y el agua de la piscina se mueve siempre
hervida por la carne desnuda del hombre.

Coimbra, 16-VII-1950.

VIII

PENEDO DA MEDITAÇÃO

Corazón donde la ciudad se refugia...

corazón donde canta
el gozo vegetal de las cañaveras y el viento...

corazón solitario
en que es mucho más grande el músculo que la sangre.

El sol valiente de esta tarde
ha irritado todos los colores,
ha gritado a toda la savia
hasta el borde mismo donde el labio se entrega...

brisas orquestrales
a las que el ruiseñor impone el silencio un instante...
cielo, cielo.

Coimbra tiene aquí su cuerpo resucitado
dentro de su propio corazón...

ondulado, abismal, verde, acerado,
largo como el regazo del hondo,
herido y sangriento,
lágrimas bermejas de los arándanos...

olivos y pinos nostálgicos,
sombras tardías de las laderas,

sol exaltando las cimas,
proximidad del agua casi ausente...
lejanías de montes, de árboles, de cielo...

"algo" por donde pueda escaparse "todo"...
algo que no sea más que eso:
lejanía, lejanía...

ciudad que huye de sí,
ciudad que no se encuentra,
que no quiere.

Y sin embargo ciudad íntima,
ciudad encerrada en la pequeña cavidad de un pedazo de carne,
toda recogida en la sal de una lágrima,
cuyo latido llega hasta nuestras arterias,
se suma a nuestro pulso, lo enrojece...

ciudad entrañable,
que se pierde de sí y se encuentra en nosotros...

paisaje todo ciudad,
todo su alma,
todo alma nuestra.

Coimbra se abre sola,
se da amorosamente,
a los ojos, a la adoración, al habla...

pero se guarda siempre
intangible al abrazo y a los labios...

la realidad asusta su sueño
y le atormenta las piedras...

ella reposa en nuestro hondón más vivo
donde no entran más que la oración sin brazos
y la sangre que con ella se pierde en el mismo sueño.

Dejadla así los que la amáis;
no persigáis su cuerpo,
bello desnudo, nocturno, inaccesible,
con que la luna huye en el fondo del río.

Coimbra, 3-VIII-1950.

IX

DOLOR DE ANTIGUEDAD

(Oración final)

Destruye al que desgarra esta ciudad,
Señor,
al que no sabe del dolor humano de la piedra,
del horror de la belleza nueva
que grita su triunfo contra el oro antiguo.

Aplasta a los filisteos
que ignoran la belleza metálica del arpa
que no tiene sonidos
pero que hace vibrar el corazón del hombre;

que ignoran la belleza del arco sin luz
pero que la enciende en los ojos puros;

que ignoran que el espíritu sobrevive
sobre las ruinas del tiempo que es también espíritu;

que ignoran que el espíritu anda por calles difíciles
pero que suben siempre.

Señor;
aniquila al que mata el espíritu
de esta ciudad, milagro antiguo,
contra el que no se atrevió el tiempo pasado.

Coimbra, 12-VII-1950.

TRIÂNGULO LIRICO

A TRÍPTICO DA ÁGUA

Elias Leite C. M. F.
São Paulo

1

MEU BARCO A VELA

Meu barco à vela,
rio acima,
lento.

Irmão das águas.
Irmão do vento.

Meu barco à vela.
Meu pensamento.

Águas tranquilas,
margens lodosas,
sombras compridas,
rosais e rosas:
florescimento.

Saudade à tona.

Meu barco à vela,
que bom!
tão lento...

Vem, garça branca!
Meu pensamento.

CANTO À ONDA MORTA

Perdi o sentido
do mar distante.
Fui navegante.
Cortei o mar.

Achei a espuma
de uma onda fria
que o mar perdia
sem se importar.

Guardei a espuma,
chorei a onda
morta na praia.
Culpa do mar.

Minha jangada.
Minha vela panda.
Meu sonho infindo
no mar dormindo.

Restos na areia...
Vou me culpar.

NAVEGANTE

Lá no mar alto
em sinfonias de cores,
galopam nas ondas
irisadas espumas.

Lá no mar alto,
um sendal de rumores
vem em busca da praia,
nas manhãs sem brumas.

Lá no mar alto
há um céu tão perto,
que os mastros dum barco
o tocariam, por certo.

Lá no mar alto,
o meu mar de sonhos,
bracejo com as ondas,
me molho de aromas,
me envolvo nas algas
que enlaçam meu barco
com amplexos medonhos.

E, barqueiro volúvel,
no mar inconstante,
sem rumo certo,
viso o Porto-Esperança
que está tão perto...

B

TRÍPTICO DA ANGÚSTIA

Yvelise Araújo
Paraná

1

MINHA NOITE

Quem é capaz de me devolver minha noite estrelada?
Minha noite estrelada do tempo de criança!

Onde estás, minha noite?
Onde está o fulgor das tuas estrélas distantes?

Tenho te procurado em vão mas não desisto!

Minha noite... Eras tão bela, tão pura, que nem parecias noite!
Eu gostava de sentir o teu hálito gelado.
E eu tinha medo de ti quando minha bábá me dizia: "estamos
na boca da noite"

Então eu imaginava coisas tenebrosas...
Mas agora nem ao menos medo eu tenho!
Penetro-te todinha, acordada e sem sonhos.

E tu agora és tão noite!
Quem foi que bafejou o espelho do céu para que eu não pudes-
se ver as estrélas?
Se eu descobrir quem foi, mando a boca da noite engulí-lo!

Isso não se faz! Eu quero o brilho gelado das estrélas!
Ele me faz bem.

Minha noite estrelada do tempo de criança,
Ó ciranda, cirandinha.
Eu te acharei!

Claro que te acharei, pois deves estar dentro de mim,
bem escondida no meu coração.

2

NEBLINA

Visões que se esboçam indecisas...
será sonho?

Indecisias como luzes de velas...
Existirão?

É doce velar assim junto delas,
delas que se movem, que vêm, que vão,
vagamente...

Vagamente que nem as ondas do mar...
e as estrélas?

Onde seu brilho azulado?
E a neblina difusa escondendo, ocultando...
Ocultando o que?
Os sonhos e as estrélas?

Vagamente visões indecisas...
Vagamente no meu coração...

CAOS

Mãos estendidas e vazias, órbitas vazias de luz
Tateando, procurando em vão...
Tateando, procurando o infinito intangível.

Mãos perdidas, mãos aflitas que não encontram outras mãos.
Sol que tortura a alma saciada de neblina.

Angústia infinita pairando no ar.
Até quando essa neblina sufocante que cõa a angústia?

Mãos perdidas, mãos sozinhas desprovidas de anéis
Ligai-vos, estendei-vos, o sol rasga a neblina;
ligai-vos, estendei-vos, detruí o caos!

Reparai, olhos murchos, há sol!

Contemplai vossas mãos, estão orvalhadas
orvalhadas de lágrimas de amor.

C

TRÍPTICO DE AMOR

**Amílcar Uralde
Buenos Aires**

1

DE TODO ROSTRO...

a C.

De todo rostro vuelvo
desolado, con sensaciones
de caídas, defraudado
de lo humano todo;

porque detrás de esas
imágenes pintadas
está tu rostro único,
el que sostiene y salva
este sentido místico
de vida, que es mi
existencia de amor
en amor dada y padecida.

Vivo en ti, y en ti vuelvo
a proclamar mi sino
de hombre trascendido,
de ángel recuperado;
tengo la misión alta
de custodiar tu cáliz,
donde recibo y guardo
el único testimonio
de amor dado en gracia
de vida, y en fe
de salvación eterna.

Por eso me hallarás,
cuando te vuelvas,
acaso si te vuelve,
en el centro sincero
de lo humano-divino,
con la custodia pura
entre las manos,
oficiando el ritual
que condice y guarda
a mi amor, ya trascendido
por tu vida, en otro amor
que me trasciende y salva
en ti, definitivamente.

VIERNES DE LA CRUZ

a Guillermo de la Cruz Coronado

Sí, por cesación de fe,
porque todos negaron de ti
y dejaron tu nombre
ser pasto de vilanos;
porque uno a uno
bajo el soplo del miedo
prevaricaron contra ti,
y ocultaron sus rostros
en tinieblas de dudas,
te has quedado solo:
-cordero en el erial-.
Única luz que salva!
pero que para escarnio
nuestro, sufres ocultación.

Sí, ahora es el quebranto;
el chocar de las manos
reproduce tu tránsito
con el temblor de todo
lo que habita en la tierra;
porque entonces, sí,
porque sólo entonces
sentimos tu soledad;
la orfandad de Dios
adentro de nosotros,
y comprendemos también
para nuestra esperanza,
que aunque oculto
no nos abandonaste.

Viernes de la Cruz,
El templo reproduce
el alma, uno a uno
tus bienamados
fueron dejándote
y dejándonos en soledad
y en sombras; pero tú
tienes, en tu ocultación,
la fuerza para hacer
en tres días el acto
de erigir a tu templo;
y nosotros, rememorándote,
la esperanza sincera
de alcanzar tu gracia
para nuestra resurrección
y salvación, ahora
y para siempre, amén.

3

RONDÓ

I

Ella tendió su mano...
(dentro de buenos aires otras manos
quedaron suspendidas
esperando el destino de su gesto)

Él la apretó mirándole los ojos.
Su mirada de óleo lo miraba
desde su inmovilidad de ojos castaños.

Estaba allí, y la pensó un paje
obra de los colores de Velázquez.

-Está en su casa-,
(Su voz era pequeña, otra voz no cabía
en su menudo cuerpo.
El se encontró de pronto con su infancia
del brazo y por la calle).

Ella tenía una sonrisa familiar.
Él la miraba desde un presente antiguo

II

Ella tendió el mantel.
(En sus manos, hechas para peinar
rubios cabellos infantiles,
el pan cumplía su rito
y el vino se ofrendaba).

Él alabó su casa.
(Como en la Última Cena
se comió pescado).
Los comensales bebían y danzaban
festejando sus íntimas memorias.

Ella y Él se decían buenasnoches.
(Dentro de buenos aires,
la ciudad junto al río,
amanecía).